

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un amigo mío, muy ingenioso, exclamaba impacientemente: «Todos los años por esta época se dicen, invariablemente, tres cosas: que Fulano (aquí el nombre de un convecino) tiene muy mala cara y trazas de morir; que se ha perdido la fruta de hueso, y que Vigo está llamado a ser una gran población. Y el caso es que llega el verano siguiente, y de las tres cosas no ha sucedido ninguna, pero los anuncios se repiten».

Si este amigo existiese aún, vería que, al menos, uno de los tres anuncios se ha realizado plenamente. Vigo es ya, relativamente, una gran población, y está en camino de serlo mucho más. Y nótese que si otras ciudades ponen su esperanza en los elementos oficiales, Vigo la pone en sí mismo, señal de buen ánimo y energía. Vigo presenta un fenómeno en Galicia bien singular: no conoce caciques. Me refiero a esos caciques políticos que lo cubren todo con la sombra de sus alas (por no decir de sus faldones), y que, a cuenta del presupuesto, pasan por bienhechores y patricios. El único protector de Vigo, en este sentido, fué Elduayen, y desde Elduayen acá, el pueblo ha soltado los andadores. Yo creo que cuando España sea mayor de edad, hará así, y se librará de tutelajes individuales que no equivalen nunca al esfuerzo colectivo.

Para Vigo, la época del caudillaje ha pasado. Está empezando, y con resultados muy felices, la del trabajo intenso, para desarrollar y beneficiar elementos de riqueza. «La gente de aquí trabaja doce horas diarias, aunque posea millones de capital», declame persona que conoce a fondo aquella vida. No pude menos de establecer una comparación, al pasear por las calles de Santiago, pocas horas después, y encontrarlas atestadas de gentío, de una turba de pueblo animada y bulliciosa, en contraste con las de Vigo, casi solitarias. Y es que, para trabajar, no hay como estarse en casa. No ha llegado Vigo aún a ese momento en que la prosperidad se transforma en ociosidad y en ansia de goces, y cuando la multitud invade las calles, y se expansiona, o es que no tiene dinero ni piensa tenerlo nunca, o es que lo ha conquistado y quiere placer.

En Vigo, el dinero, que no puede estar oculto, se revela ya en la esplendidez, no siempre de buen gusto, de las edificaciones, verdaderos palacios. Y, sin duda, es gran lástima que no presida un arte depurado a la continua construcción de tanto edificio suntuoso. Las nuevas casas de Vigo, moles de piedra, blancas como la nieve, están demasiado recargadas de adorno, siendo lo único que alabo las *bow-windows* a la inglesa, gracioso detalle, acaso no tan necesario aquí como en los sombríos países del Norte, pero más interesante que las monótonas galerías de Marineda.

Del incremento de la población dará idea el salto rápido que ha pegado, desde los quince mil habitantes, hasta sus actuales cincuenta mil. El caserío se ha extendido, desbordándose por la pintoresca ribera, a orillas de la ría, en un paisaje de esos de magia, cuyo secreto posee la naturaleza gallega, y que, con ser tan elogiados, acaso no lo han sido todavía lo bastante.

Posee Vigo una Escuela de Artes y Oficios, construida a expensas de un filántropo millonario, García Barbón; está construyendo un teatro grandioso; y se dispone a transformar el monte del Castro, punto de vista incomparable, en parque de recreo, atracción para los visitantes, turistas o pasajeros de los enormes transatlánticos que incesantemente fondean en su soberbia bahía; se apresta también a crear dos balnearios, en playas no distantes de la población, servidos por tranvía eléctrico, y no pararán aquí las mejoras. Son los hospedajes de Vigo los

mejores de la región, descollando el Hotel Continental, que fué para mí, bastantes años hace, la primer señal de que este pueblo adelantaba efectivamente. Acostumbrada yo, en España toda, a las fondas fementidas, con cuartuchos angostos y sin ajuar, me sorprendió agradablemente encontrar un hotel bien dispuesto, donde existían salones y aposentos espaciosos, y cuyas elegantes balconadas caían a la bahía, siempre azul. Habíamos pensado estar allí dos días, y nos quedamos dos semanas, paseando por la ría, comiendo mariscos, y contemplando, desde el balcón, la llegada de las embarcaciones, no tan grandes y majestuosas como las que ahora se ven arribar, y de las cuales descienden, en abigarrada procesión, *faquines* cargados de maletas, pasajeros enfundados en guardapolvos, señoras cuyo velete flota al aire, hombres muy morenos, de americana blanca y jipi.... Y esta llegada de los buques constituye una de las magnas ilusiones de Vigo, que aspira a ser el punto de unión terrestre entre la América del Sur y España, o mejor dicho, Europa. En vez de volver el rostro hacia Madrid, donde sólo se piensa en toros y en lo que ocurre en el Congreso, de tres a siete de la tarde, Vigo se ha encarado al Atlántico, bebiendo el aire salitroso, salvando la distancia enorme, material, que la separa de las civilizaciones de allende el Océano, y acercándose, con la voluntad, al mundo en que se desenvuelven pujantes la industria y las relaciones comerciales, y en que la política no tiene trascendencia...

¡La política! Probablemente la política retrasará el desarrollo de Galicia. Porque, si ha de creerse lo que la voz pública proclama, hay Compañías de ferrocarriles interesadas en estorbar el trayecto, medio siglo ha proyectado, de Orense a Zamora, con el cual, el viaje de Madrid a los extremos de línea gallegos se verificaría en catorce horas, en vez de las veintidós o veinticuatro que hoy se invierten en él. Y lo sabido: detrás de las Compañías, están las protecciones políticas, inexpugnables...

Volviendo a los hospedajes, hay una diferencia y una distancia que parece increíble entre los de Vigo, la Toja y Mondáriz, y los demás de la región, con honrosas excepciones, como el excelente hotel de Lugo, que me dejó tan buen recuerdo. Poco importa que un país sea muy hermoso, y de muy benigno clima, si no hay medio de dormir ni de vivir en sus posadas. Hoy la gente se ha vuelto refinada y exige detalles de higiene y comodidad, antaño desconocida. El viajero paga, pero quiere ser servido y pasarlo tal vez mejor que en su casa propia. Quiere baños, *closets* muy limpios, criados uniformados, mesitas aparte. Se acabaron las zafias *mesas redondas*, las domésticas de chinelas, las chinchetas... Es decir, si no se acabaron, es preciso que se acaben, y pronto.

Las condiciones especiales que sitúan a Vigo en lugar aparte, entre las ciudades gallegas, hacen que la «ciudad de la oliva» como todavía le llaman los mantenedores de Juegos Florales, quiera volar con sus propias alas, y no influyeran poco en el original episodio que se produjo poco ha, cuando Vigo dió el espectáculo de vivir meses enteros sin autoridades, sin relación con poderes públicos de ningún género. Una causa, acaso baladí, pero que hirió su amor propio, la indisposición con Pontevedra, capital de la provincia, y desde aquel mismo punto la ciudad se declaró independiente, cortando, en redondo y en absoluto, las comunicaciones, no sólo administrativas, sino de toda especie. Dimitieron las autoridades viguesas, y el pueblo se gobernó a sí propio. Los periódicos hablaban, como de algo terrorífico e insoluble, del «conflicto vigués»; y la verdad era que nunca había reinado mayor tranquilidad y orden que en tales momentos. El buen sentido gallego y un instinto de solidaridad profunda, bastaron para que todo continuase como siempre, y hay quien supone que mejor. En efecto, cuando se producía algún rozamiento local, o surgía alguna cuestión, la mayoría del vecindario se apresuraba a condenar el disturbio. «¿No tienes vergüenza?», gritaban. «¿Sabes lo que pasa, y quieres dejarnos mal? ¿Cuidadito, eh? Ojo, que aquí no alborota nadie...» Y todo iba como una seda, sin tropiezos de ninguna especie...

No cabe duda—declame el alcalde dimisionario de entonces y alcalde en ejercicio de hoy—, lo que esteriliza las iniciativas de los pueblos, es justamente esta protección oficial que tanto se busca, que tanto se agradece... Es la sombra del manzanillo. Es algo letal. Al hombre ágil no le convienen multas. Se confía en que haga las cosas el Estado, la Diputación provincial, etc., y claro, se echa la gente a dormir. La protección oficial es puro favoritismo; aprovecha a unos cuantos señores. Vigo no la necesita para llegar a los doscientos mil habitantes ¡y llegará! ¡Vaya si llegará!

Fué este alcalde, optimista y ojalá que profeta,

hombre inteligente y culto como pocos, el que me acompañó en mi visita al Vigo fabril e industrial, y en ese aspecto, como en todos, pude observar que Vigo es algo que nace, algo en que palpita el porvenir. Las fábricas de conservas, que han sido una de las bases de la prosperidad del país de las rías, constituyen un ramo floreciente, y en la del Sr. Alonso pude apreciar la importancia del tráfico y lo perfeccionado de los métodos, que no serán superiores en el extranjero, seguramente. En estas fábricas se alza una constante queja: se ignora por qué ha desaparecido casi de las costas gallegas, nuestra amiga la sardina, la que daba abundancia al hogar aldeano y pan a los pescadores. Unos hablan de que se ha alejado el Gulf Stream, y con él, los bancos de plata de la sardina; otros, de caprichos mal explicados, fugas repentinas y vueltas inesperadas del pez... El caso es que las fábricas sufren el contragolpe de estos azares; y del personal, de cientos de mujeres, que se empleaba en la de Alonso, más de la mitad ha tenido que ser licenciado. Miro a las conserveras. Jóvenes casi todas, algunas bonitas, rebosan vitalidad y alegría, como si el mar les hubiese enriquecido la sangre, al atezar sus mejillas frescas y oscurecer sus manos. Bajo nuestras plantas duerme un lago de aceite: no bastando los recipientes, ha sido preciso embalsarlo, y al levantar la argolla de la chapa que cierra la entrada, aparece su oscura masa líquida, inmóvil... A pesar de la desaparición de la sardina, con la cual, en otras épocas, sobrando del consumo, se abonaban los predios y heredades, quedan muchas especies que poner en conserva: crustáceos, moluscos y peces sabrosísimos. De los crustáceos, alguno de los más apetitosos no se conserva, como la deliciosa *nécora* o araña de mar y la *centolla*. A manera de compensación, escaseando la sardina, hoy abunda en estos mares el atún o bonito, y no faltan ni el besugo, ni la merluza, ni los finos calamares o *chocos*, ni los mejillones y *vieiras*, con lo cual el gastrónomo Carlos V, que hacía llevar todo esto a Yuste en escabeche, actualmente pudiera encargarlo en lata, bien guisado. En América hay una demanda afanosa de tales comestibles, y para Inglaterra se exportan en cantidad. Hay quien cree, andando el tiempo, que Galicia podrá proveer a Inglaterra, no sólo de pescado, sino de frutas y legumbres. ¡Estamos tan cerca de la Gran Bretaña..., mar en medio!

Hemos visto unos astilleros chicos, ansiosos de ser grandes, los de Barrera, que, chicos y todo, han lanzado al mar una escuadrilla formidable de vapores pesqueros, que construyen incesantemente. Es curioso que, de estos vapores pesqueros, tres o cuatro lleven, por expresa voluntad de sus dueños, el nombre del general Weyler. Para distinguirlos ha sido preciso llamarlos General Weyler primero, segundo, etc... Sin duda, por un instante, se notó en mi rostro que las letras envidiaban a las armas, pues Barrera hubo de decirme, amablemente:

—También tenemos el *Pardo Bazán*. Ya le enviaré a usted una fotografía...

Ello es que los vaporcitos son una monada, de madera, pero con un airecillo atrevido y gallardo, y una como actitud impaciente de hacerse a la mar, para volver, repleta la panza de pesca palpitante aún, que será voceada y adjudicada en la Bolsa de pescado, una de las cosas que deben verse en Vigo.

Múltiples elementos, en esta ciudad, a la cual se le vienen pronosticando grandezas, se reúnen para que el pronóstico pase a realidad. Vigo es la mejor bahía de Europa y una de las mejores del mundo; es, además, el punto estratégico para el comercio con el Nuevo Continente, y es la puerta de España, para ingleses y suramericanos. Como por un mimo de la naturaleza, este lugar, destinado a la comunicación transatlántica más activa, es también de los más hermosos del mundo y le rodea una comarca de incomparable amenidad, placidez y poesía. No es el seco desembarcadero, sino el oasis que debe retener y envolver en halagüeñas redes a quien ponga el pie en su orilla.

No he dicho nada de los talleres de fundición de Sanjurjo, del curioso invento de la boya submarina, ni de la nueva casa del *Ruro*, antiguo diario, el de mayor circulación en la región toda, y que acaba de construirse su palacio, con un *hall* más vasto que el de *Blanco y Negro* en Madrid... No sé si veremos los doscientos mil habitantes de Vigo en lo que de vida nos resta, pero, o mucho me engaño, o el camino ha empezado a andarse. Y milagros mayores pueden lograr el esfuerzo del hombre, la laboriosidad, la inteligencia. Y digo al alcalde, que continúa haciendo planes de hipótesis, sobre bases reales y positivas:

—¡Lástima que no pueda uno volver al mundo, después de muerto, siquiera un día, a contemplar las diabluras del progreso!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.